

Alerce

N° 91, marzo de 2022. Sociedad de Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Clo Domínguez, poeta de la acción

De profesión ingeniera, la narradora y poeta Clo Domínguez es una joven y destacada voz que da impulso y articulación al desarrollo del arte en la Región de Coquimbo. Lecturas, charlas en colegios, centros culturales y cafés, tertulias, performances, ferias del libro, festivales y curaturías son parte de un quehacer en el que sobresale el trabajo de género y la realización del Primer Festival Literario de Coquimbo. Autora de una obra narrativa que incluye títulos como *Elefante efervescente* (2015) y *Lemiscata* (2019), es asimismo responsable de los versos de *Entre el tiempo y el ser* (2014) y el recién publicado volumen *Una copa de nada* (2022), libro del cual compartimos con los lectores de *Alerce* los siguientes poemas.

Memoria

En el nacarado paisaje marino
un árbol abatido
desentierra sus raíces
revela su memoria.

Estrechados en un abrazo
para encauzar el paso
el elefante en la conchuela
parece irreal
su sombra cobija varias vidas
y salva mi infancia
escribir bajo su sombra
mi nombre en manuscrita
mientras la miel de un durazno
escurre por mi derecha.

Balalaicas

En el living de su casa
después de la siesta
el cielo está en todos lados
vibran las cuerdas en el estómago
cerrar los ojos
treparse en ellas
en cada salto suenan brillantes
el cielo está en todos lados.

La última nota sostiene tiempos felices
y canta en una lengua extraña
balalaicas y sonetos
el cielo está en todos lados.



Girar tendida de espalda
mirar con los ojos cerrados
en esa misma lengua me dijo
escribelo:
El cielo está en todos lados.

Juventud

Refugiarse en los tres acordes
afán de querer patearlo todo
el quinto machacado hace mover el pie
elevar el pelo para estar más cerca del cielo
saber que el amor es solo un artilugio
si no estás dispuesta a todo
apropiarse de ennegrecidas luces
pisar rápido y a fondo
como una estrella de rock
dormir con los lentes de sol puestos
y jugar con lápices como baquetas.

Vacío

El vacío se llena con dolor
flagelo de merecerlo
castiga al ser arrojado a la existencia
desnudez absoluta de ceño fruncido
actitud de héroe por delante
triste huérfana por detrás.

El fluido azul cae sobre su cuerpo
lo esparce con caricias
en medio del vacío
imaginar el arrullo del amor primario.

Vaciar

Vaciar el dolor que ha sido expuesto
fractura de roca en la mirada
sin llorar
sacar las piedras tragadas
cristalizar la risa
como sonrío el pasto sintético en las canchas
vaciar las copas
el hielo al fondo
y en la vergüenza de vaciar la pena
llenar el vaso nuevamente.

Hay un ser oscuro en cada uno de nosotros

Mirar al espejo
mirarse al espejo
oscuro un gesto, una omisión
un horrendo ser que maldice
lo que se agradece
posar altanera
posar fascista
un cuerpo poseso
reflejo humano herido
en lo indómito
vive en cada uno de nosotros
vive cuanto quieras que viva.

De mi carnicería no quedó nada

Escribí la piel
la espalda
el cuerpo
mi oreja y su hombro
el cuello.

+++++

El miedo venció sus ojos.
Los días huyeron con lo demás
la piel, su espalda, su pecho, su hombro y su
cuello
son un capítulo santo
solo un rumor en el aire a mi paso
como el de las iglesias vacías.

Clo Domínguez

A la mañana, un acto de fe

Quizás de todas las rutinas que suponen un cierto espacio de transición entre el hacer un algo determinado para pasar a hacer otra cosa, también determinada —cuestiones de las que algo podría ser contado si es que se está haciendo o dejando de hacer, a su vez, otra cosa, por supuesto, necesariamente determinada—, la espera del transporte público, sobre todo a muy tempranas horas de la mañana, sea la de mayor tedio, involucre menos expectativas, invite menos a la sorpresa y tenga un mayor aire de cierto sopor propio de la fatiga que supone muchas veces la faena del sueño. En un momento de transición como este, entonces, yace un funcionario cualquiera, adormecido en un paradero cualquiera, en una calle solitaria, también como cualquiera, cuya vista de en frente no hacía otra cosa que reflejar la propia escenografía en la que él se emplazaba, salvo que en dirección contraria y totalmente despoblada. Así, estando yo mirando sin mirar realmente, veo que llega al desierto paradero una mujer disonantemente alegre, acelerada, colorida, de esas que se sienten hermosas y lo subrayan con sus vestidos, obviando al mundo en favor de frenéticos intercambios de mensajes vía remota vaya a saber uno con quién. Toma asiento ante mí —si es que puedo hacer referencia a mi persona en una escena en la que yo prácticamente no tenía existencia— como una reina que hace su entrada en los salones de la socialité apersonándose desde su trono, aunque en ausencia absoluta de la solemnidad que coronan esas situaciones. La observo entonces, produciéndome cierta extrañeza, cierta gracia, también cierta molestia por su indiferencia hacia nuestro entorno —aunque decir *nuestro* es un abuso del lenguaje, pues nada daba cuenta de que compartiéramos algo. Pero de pronto la reina deja de ser reina, sin desviar su mirada de la pantalla que tenía en sus manos sus hombros se encogen, su colorida cabeza se inclina, junta sus rodillas apresuradamente y sus muslos medio descubiertos y brillantes, incluso a esas horas de la mañana, son cubiertos por su también colorido bolso. Algo de mi sopor se espanta. Tomo distancia, por decirlo así, con la mirada, y reconfiguro la escena agregando a la composición la figura de dos hombres recién llegados, probablemente unos desconocidos entre sí, pero extrañamente coordinados. Ambos se sitúan detrás de la mujer, fuera del alcance de su vista, como al acecho de ella —sin estarlo realmente—, que ahora pasaba del semblante de una reina a la posición del armadillo.

Un pequeño cachorro rodeado por dos hienas en medio de la nada. Algo así pasaba por mi cabeza frente a la imagen que estaba viendo. El cambio en la postura del cuerpo de la mujer parecía comprobar mi hipótesis y acusar recibo de las implicancias de tales circunstancias.

Es cierto —lo confieso—, declaré que no había tal cosa como un *nosotros* en toda esta escena, que se presentaba ante mí como una plástica en un museo a cielo abierto. Pero algo de la composición no iba a estar completa, con lo exasperante que resulta aquello, si es que yo no tomaba partido de cierta manera. Por lo tanto, me pongo de pie, entro en acción y me dispongo a mirar fijamente a las hienas con la severidad de los guardias del palacio de Buckingham —del sopor de la mañana... viejo recuerdo—, pero el autobús llega y de improvviso desbarata mi afiebrado heroísmo. Los hombres, que hace segundos eran hienas —juro que es cierto—, dejaban el paradero con la misma indiferencia con la que habían llegado a este. La mujer, por su parte, sin despegar una milésima de segundo su mirada de la pantalla, y que se había quedado en el paradero, ahora vuelve a ser reina.

Con cierto alivio —y en esto el lector tendrá que admitir un acto de fe— La mujer y yo —sí, me he tomado la arbitrariedad de asumir un *nosotros*— dijimos al unísono y para nuestros adentros: Bien, el crimen no ha sido perpetrado.

Christian Castro



Intrigantes revoltosas

¿Y si todo fuera distraernos del centro de la existencia, nada más?

Tendría sentido entonces toda periferia y margen de lo humano como cáscara que envuelve.

Camino en mágica espiral de sinuosas caderas, sosteniendo corcoveos.

Bendita distracción rehuyendo del centro, y la médula que nubla el infinito.

¿Si lo imaginado con temor lo iniciara tan solo quien no ha de perder?

Declararía suspensión eterna del futuro entrometido, dando rienda suelta al presente que ríe.

¿Liberarías de una vez, ese malicioso hechizo, que aprisiona tan fuerte el corazón de algunos?

¿Volverías a girar la rueda sin fin, cambiándolo todo una y otra vez?

Si la vida se moviera aquí en un círculo del retorno del olvido, solo amar tendría sentido, siendo el despojarse el gran aprendizaje.

¿Si lo que temes no existe y tú misma lo imaginas? Le diría a esa cabeza lesa que respire y piense menos, pues tiene boca y nariz para poder sobrevivir.

¿Y si la caída no fuera nada más que el secreto de dios con su confesión que no llega?

Recogería su secreto con el cuidado de las flores, deshojando una por una para ver cuánto me quiere.

¿Si el alfa y el omega en vez de extremos de un todo fueran tan solo letras?

Me declararía analfabeta, de signos fronterizos, danzando en medio del misterio del silencio.

¿Si un genio nos confundiera cada vez que estamos a punto de descubrir la verdad?

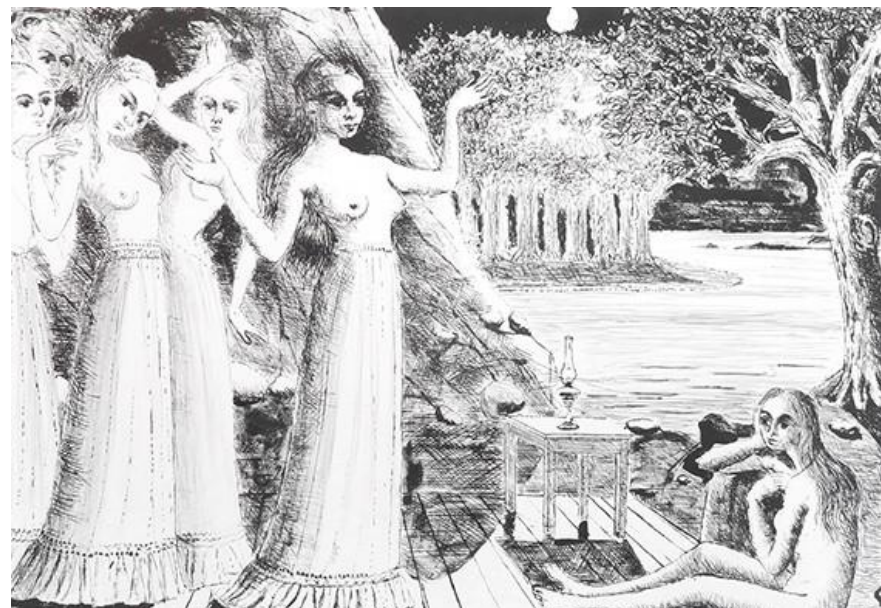
Les diría que ese engaño reside en la sombra de la misma luz que alumbr.

¿Y si hubiera bacterias espías en medio de nosotros haciendo de las suyas?

¿Si la muerte tan solo fuera una calavera dulce que se puede paladear...?

De seguro las dudosas e intrigantes revoltosas dejaríanse de preguntar.

Verónica Garay Moffat



Pécica

Yo, dice un porteño más, salía de mi casa y veía el mar, que al entrar, después de clases, era el mismo supuestamente.

En mis cumpleaños mataban sin falta, en Pisagua, al Mario Morris, funcionario de Aduanas

a quien no conocí. La dieciséis paraba en la esquina y, estremeciéndose, tosía a mi hermana. Los barcos, a la distancia, *llevaban a bordo los sueños de cualquiera*. Era una esperanza verde era roja era otra vez verde, y la bahía un vaso colmado solo a medias de agua.

Del mirador bajé una vez al plan y no, del plan no se veía el mar, pero esto lo sabes.

Y hay o había o hubo allí el caserío que de La Matriz, nido del incendio, perfeccionó hueso a astilla

astilla a hueso el Progreso,

el Estero de las Delicias era la Avenida Argentina a tajo abierto por donde no, aunque llegaste no naciste, diciendo: *Todos los caminos de todos los destinos de la tierra van a dar*, así es: *al mar*,

y en tu canción se confundía de forma poco honesta la Avenida Alemania con el Camino Cintura.

Y cuando el mar, la mar, lo mar sumergió por fin la vieja joya en el Pacífico,

las cimas de los cerros fueron archipiélago.

Luego el puerto salió a flote, y el narco descargó como si nada, como siempre la droga símbolo del Chile nuevo (la misma del otro);

lanzaste una piedra y te quedaste adjetivando el espectáculo

de los círculos concéntricos,

y mientras la piedra rodó, rodaba y rueda lentamente por la quebrada del abismo en suspenso,

la Joaquín Edwards Bello, los Valles de Andorra y el Vergel no te abrigaron.

Y la pica en que el Bernaldo Oguíjin muy sentado vio izar las velas de la Primera Escuadra

se disolvió como un torpedo efervescente. Y entonces fueron la sal de la ciudad hundida, los escapes de las micros, los suspiros del pueblo cachalote, naufragio submarino, etc., lo que elevó otra vez al cielo la punta del cerro en la que yo, dice un porteño más, saliendo de mi casa veía el mar.

Y en la Aníbal Pinto, en su trono de óxido y corales

Neptuno señorea a las langostas, entre canales y peces, contra cadáveres, sobre el hospital congreso, el basural patrimonial y la iglesia católica apostólica romana esto que dije, y tu canción de Valparaíso.

Omar Alarcón

García o el arte de mirar, de Javier Méndez

Becario de la Fundación Pablo Neruda, antologado en *Parque Mapocho* y ganador en 2008 de la única mención honrosa de los Juegos

Literarios Gabriela Mistral, Javier Méndez debutó en novela con *García o el arte de mirar* (2019), donde un fluido pulso de las páginas pone en marcha al personaje del que se vale el autor para trazar un agudo retrato social. De esa obra incluimos aquí su apertura.

Para nadie era cosa nueva que García no era el mismo de antes, ni por cerca. Se pensaron muchas cosas como que estaba drogándose sin tregua o que necesitaba ponerse más al sol, cosas

totalmente estúpidas para él, que apenas probaba droga alguna y ni siquiera fumaba cigarrillos. Además, a diario, por alrededor de cuatro minutos, se bañaba en sol hasta las córneas, porque así se lo había escuchado en una entrevista a un japonés muy sabio. Muchas cosas la gente llegaba a suponer, pero nadie llegó a imaginar que estuviera deprimido o abrumado; la gente no suele fijarse mucho en los ojos de las personas. A excepción de algunos como Aníbal, un compañero de universidad que sí lo había notado y así en su momento se lo había hecho saber, diciéndole: Oye, Juan Andrés, a ti te pasa algo, tus ojos tienen pena igual que los ojos de los orangutanes. García negó la observación argumentando en su defensa que solo se trataba de un ajuste menor, que la primavera se había adelantado en su organismo y era cuestión de ser pacientes para que sus ojos fueran los mismos buenos muchachos que siempre habían sido.

Pero no era cuestión de ser pacientes. Juan Andrés García necesitaba con urgencia ser atendido. Al menos así se lo dijo a la Musa de las Olas, polola de su amigo Borracho de Mar, nadie sabe bien por qué. Se lo dijo en términos simples, con los codos sobre la mesa y la cabeza escondida tras las manos, tratando de camuflar una inquietud que se le manifestaba en un dolor concentrado en el estómago. En medio de una animada conversación, García, sumergido en su asiento, se distraía doblando tapas de botellas de cerveza con los dedos. Todo indicaba que la noche sería como de costumbre, pero no fue tan así. Sin que nadie lo esperara entró en el living el hermano menor del dueño de casa. Llevaba una bufanda que García juzgó tan pretenciosa y fuera de lugar que con seguridad se tramaba asuntos serios. Aquella prenda era inaceptable para presentarse en una conversación de actualidad entre amigos que intentaban embriagarse. Qué lástima, había que dejar de lado las tapas de las botellas y poner atención. García no se había equivocado: el hermano menor se había sentado a la mesa sin sacarse la bufanda de encima y, sin esperar mucho, había desviado la conversación a cuestiones ampulosas. Parece alguien que ha leído muchos libros, dijo la Musa de las Olas colgando del cuello de su querido Borracho de Mar. García, mirándolos a todos, se preguntaba si acaso era el único que notaba lo ridículo de ver una prenda como aquella en un cuello como aquel. Tan concentrados como estaban nadie parecía notarlo. Él, a diferencia de los demás, no había esperado a que el hermano menor hilvanara dos oraciones para convencerse de que era un fraude. Un fraude total. Así que en el momento en que el orador anunció que el amor era una invención para incautos, y el bien y el mal una abstracción para papanatas, García lanzó las tapas de botella por los aires y declaró que ya estaba cansado de escuchar tantas estupideces, una arriba de la otra, que el bien y el mal existían desde hace miles de años; para ser exactos, desde que algún homínido por allá en Dodoma, o qué sabía él, había decidido que prestarle su afilada piedra a un compañero de caverna para que saliera a la esquina a cazar un bisonte no sería tan mala idea, y descubrió (el homínido) que tenía la capacidad de sentirse a sus anchas con ese sencillo gesto y no tan solo con refocilarse con alguna sobre las malezas. Así que, aunque no se quisiera admitirlo, e igual como lo conocemos ahora, ahí estaba el bien, intacto. Era probable que esa misma jornada, tan pronto oscureció, siguió García, también se había dejado ver el mal, apenas el antediluviano atacara a su benefactor mientras dormía (con la piedra que le había prestado) para quedarse a disfrutar sin contratiempos de la cavernícola de caderas más holgadas. En resumidas cuentas, el peor mató al mejor, al descubridor del bien, al preferido por la naturaleza. Por suerte la peluda muchacha de las caderas de ensueño ya llevaba en su interior el germen del elegido. Así que el bien y el mal estaban enquistados como granito al primer destello de humanidad. Y el amor, resopló García, ¿acaso tenían que hablar del amor? Sus consecuencias estaban ahí frente a las narices de todos y venía un tipo con bufanda a convencerlos de que no era más que egoísmo pasado por el colador de la inconsciencia, una espuria sensación magnificada por Hollywood y la publicidad, entre otras estupideces; y mientras alguien lo tiraba de su chaqueta para calmarlo, García remató que lo único que carecía de amor era esa bufanda de porquería que tenía atada al cuello. Y hubiera agregado que debería ir a colgarse con ella si no fuera porque, a punto de soltar la frase, le sobrevino un embate de compasión por el petulante e incluso sintió amor por cada una de sus estupideces. Tanto amor que se calmó.

Javier Méndez

Imagen: Paul Delvaux. El fin del mundo (1968).